

# Editorial

La investigación, como otros muchos vocablos, ha devenido en un requisito sine qua non del contexto universitario. No es posible sustraerse al permanente uso y abuso en las maneras de asumir y vivir este compromiso y que en la Universidad ha terminado por justificar casi todo: los programas, la institución educativa e incluso la razón de ser del profesor. En la mayoría de los casos esto ha promovido una banalización de la práctica y la teorización de la dimensión investigativa.

Esta tendencia también se ha expresado en el imaginario que cree, y actúa en consecuencia, en la separación de la práctica docente cotidiana y la muy prestigiosa y eludida investigación. Esta cultura escindida tiene variados efectos en el contexto educativo. Uno de ellos es la demanda de estudiantes y profesores de recetas o el método para llevar a cabo la susodicha investigación. Investigación a prueba de sujetos. Las raíces de este imaginario tienen muchos grados de profundidad y muchas bifurcaciones. Lo cierto es que la imagen que se ha consolidado de la investigación está precedida por una fetichización de la ciencia, lo culto, lo sistemático y lo conceptual. Fetichización paradójica, por cuanto se adora algo supuestamente muy valioso –en este caso la ciencia y la investigación– y, sin embargo, dicho proceso de sobrevaloración produce una actitud distante, tímida y reverencial frente a los conocimientos científicos y a participar en la actividad investigativa. Es decir, produce un alejamiento frente a la ciencia y frente a la investigación.

A esto se suma el énfasis en retóricas institucionales y cotidianas, que son vehiculizadas por distintos agentes, caracterizadas por obedecer a una orientación eminentemente instrumental, formal, marcada por la lógica administrativa y centrado en el cumplimiento de requisitos preestablecidos. Este privilegio de la condición administrativa en el desarrollo de la investigación, ha ignorado y por tanto legislado –conservado, distorsionado y transformado– de forma reduccionista, los contextos culturales y las perspectivas de los sujetos.

Otro tipo de escisión que nos asalta permanentemente en el campo educativo, es la diferenciación entre investigación, docencia y extensión, afianzada por la vía de las políticas del sector, muchas de ellas reflejadas en la legislación. El reciente modelo de medición de los grupos y de la producción investigativa de Colciencias es otra muestra de ello.

Estas orientaciones han protagonizado, con distintos grados de hegemonía, buena parte de la discusión educativo-pedagógica, y es dable afirmar que han producido visiones de mundo y reorganizaciones del sentido de la acción educativa, que no podemos desconocer en sus efectos y realizaciones.

Particularmente se destaca la orientación instrumental, reduccionista, voluntarista, simplificadora y atravesada por un sesgo que da la apariencia de neutralidad en términos de valores y de conocimiento; todo ello bajo la égida de concepciones que, implícita o explícitamente, se formulan desde pretensiones de vigilancia, evaluación, predicción y control.

Estas tendencias, a su vez, han generado la escisión entre sujetos, objetos y saberes que derivan en diferentes tomas de posición y prácticas de la investigación en educación; de tal forma que esta actividad queda subsumida en unas idealizaciones que no permiten reflexionar acerca de sus horizontes de sentido, invisibilizando las intencionalidades, los intereses, los juegos de poder y las consecuencias éticas y políticas de la investigación.

A esto se suma la influencia de las retóricas del fundamento que promueven las ideologías de la(s) ciencia(s), las cuales, por supuesto, han contribuido a dibujar ciertas imágenes de los conocimientos científicos: por ejemplo, a la instauración de la denominada objetividad científica en contraposición al conocimiento del sentido común y de las opiniones interesadas o partidarias de una u otra visión del mundo. Con relación a esta discusión, en tanto pretextos, varios de los artículos que en este número presentamos, permiten abordar la discusión en lo referente:

- Al reconocimiento de la investigación como acción dependiente de marcos teóricos, modelos y paradigmas científicos.
- La investigación no establece una ruptura esencial entre el dominio u objeto estudiado y los contextos de la cotidianidad y el mundo de la vida.
- La investigación inscribe una(s) interpretación(es) como una entre muchas comprensiones sobre aspectos, fenómenos y ámbitos observados y constituidos.
- Las investigaciones tienen siempre, implícita o explícitamente, una referencia a la denominada

objetividad. Esta objetividad no se verifica por encima o desde afuera del discurso interpretativo mismo. El discurso, la observación, no pueden darse o colocarse desde un metapunto de vista, no pueden olvidar al sujeto observador, su situación y su contexto.

- La ciencia, por oposición a la ideología, no se encuentra en el lugar de la verdad. Las ideologías no son errores incorporados tanto individual como colectivamente. No tenemos como punto de comparación un Referente o la Realidad, sino la posibilidad de un discurso comprensivo, comunicativo, dialógico y abierto que se atreve a erigirse como opción —entre muchas— de análisis, comprensión y reorientación de las acciones.
- Las investigaciones expresan tácitamente, o visibilizan, concepciones y formas de decir y hacer las cosas en lo que tiene que ver con el sujeto(s), la sociedad(es), los modelos disciplinares, las epistemologías, los imaginarios y los paradigmas de nuestras prácticas.
- Frente a la demanda de recetas y de métodos a prueba de sujeto, de pasión, de curiosidad y de incertidumbre, optamos por valorar nuestro trabajo, por resaltar el mundo de la vida en el cual las preguntas constantes son parcialmente atendidas. Los investigadores, que somos todos, redactamos haciendo escuchar nuestra propia voz, atendiendo a nuestro propio ritmo y sobre todo, plasmando nuestro anhelo, nuestra pasión por el discurso, la educación y la cultura.

De tal suerte que los dualismos de las retóricas del fundamento (sujeto-objeto, interno-externo, individual-social, etc.) se disolverían ante la presencia de una emergencia recurrente, autoorganizada de investigador-investigado, observador-observado, concededor-conocido. Desde esta perspectiva, el carácter mismo de la investigación se redefine y se actualiza en las discusiones presentes en torno a los paradigmas emergentes o comprensivos, que dan cuenta de un cambio profundo en la manera de concebir la misma, esto es, que formular unas políticas de investigación supera el mero ejercicio operacional y administrativo.

No se trataría con ello de optar porque las instituciones centren su acción, por decreto, en la construcción de políticas de investigación que nos podrían conducir a las simplificaciones que derivan en abstracciones y disyunciones; rasgos que han caracterizado a las retóricas institucionales y las del fundamento. De lo que se trata aquí, es de asumir el conocimiento del conocimiento como un asunto que

va más allá de una preparación refinada del instrumento cognoscitivo (o método) y darle apertura a la comprensión de la investigación como autoinvestigación y en proceso.

Esta manera de asumir la investigación como praxis, supone una toma de distancia de las visiones que separan sujeto de objeto, hechos de teorías, o que pretenden la objetividad-neutralidad a partir de la invisibilización de la participación del sujeto en la perspectiva construida. Se opta entonces por el reconocimiento del marco interpretativo en que se configura el problema y el objeto de investigación, y se considera superada la separación e indistinción entre datos y su significación, entre lo empírico y lo teórico. El proceso de investigación conlleva la autocomprensión de su inserción en un contexto que condiciona sus enunciados y su producción.

Este giro hermenéutico —que deja atrás tanto el racionalismo como el positivismo—, cobija tanto a las denominadas ciencias sociales y humanas como a las ciencias naturales y exactas y abarca incluso otras dimensiones de la existencia humana como la ética, la política y la estética. De igual manera, se plantea la importancia de abandonar los conceptos deterministas de la historia humana, que creían poder predecir nuestro futuro; la valoración de los grandes acontecimientos de nuestro siglo, la mayoría de ellos inesperados, que han conducido a la humanidad a desequilibrios y por ende a la necesidad de repensar el paradigma desde el cual se han formulado muchas de las acciones en el campo político, económico, social, cultural y educativo.

Asumir esta discusión implica un pausado discernimiento del ámbito fenoménico y de las formas de engramar lo que llamamos “realidad”, recordando la fórmula de Von Foerster<sup>1</sup>: no existe el objeto, existen solamente descripciones del objeto. Así mismo, el sujeto lo es porque está sujetado al orden simbólico que le preexiste, pero a su vez este sistema puede cambiar al conocer el orden de sujetación; de esta forma, el sujeto es efecto del enunciado pero también de la enunciación. Por tanto, en la economía de los intercambios (política, libidinal o signifiante) el valor performa al sujeto. De allí que la investigación sea paradójica en el orden de los sistemas hablantes, implicando de este modo que esta autorreferencialidad conlleva la necesidad de los segundos órdenes de preguntas que visibilicen el punto ciego de toda investigación: la investigación misma.

*Olga Cecilia Díaz Flórez*  
Directora

1 Von Foerster, H. (1996). *Las semillas de la cibernética*. Barcelona: Gedisa.